El Primer Día

J.R Pernia

Image not found.

Capítulo 1

La mirada de Liz se posaba con tristeza en los hombros de aquel joven sentado.

- ¿Podrías decirme qué fue lo que paso?

Ella estaba dudando si él en algún momento iba a poder pronunciar una palabra de nuevo, y mientras esperaba podía ver el nerviosismo de su cuerpo, las manos le temblaban y no dejaba de apretarlas espasmódicamente. La mirada que tenía era todo lo contrario.

Desde que él se sentó horas antes no había quitado su vista de un punto específico de la mesa.

Y que tanto podría mirar en ese lugar tan oscuro para él, disfrazado como una sala común de una casa normal. Todo el entorno lo habían transformado, pero no podían borrar lo que pasó. Y eso él lo sabía, al igual que Liz y la persona que está detrás él.

- ¿Por qué no le dices? - Hablo la persona a su espalda - Anda, dile lo que pasó aquí, no tengas miedo a la cámara, de todas formas pronto vas a ser muy, muy famoso...

No trataba de ocultar lo mucho que le gustaba la situación y lo divertido que era para él verlo así, sin nada que pudiese hacer, atado sin ningún amarre y con ninguna posibilidad de salir hasta que hablase.

Lo peor de todo no era que no recordara lo que pasó, sino todo lo contrario, lo recordaba tan bien que aun estando ahí una semana después, estaba viviéndolo como si no hubiera acabado. Escuchaba claramente la respiración de ella junto a él. Sentía su cabeza recostada en el hombro. Veía el cuaderno de dibujos sobre la mesa. En su boca tenia sabor a tela y el olor a shampoo no dejaba de bailar alegremente cerca de la nariz.

También sentía algo húmedo que llegaba a sus pies por el suelo, veía los vidrios rotos que había dejado una copa al pasar al lado de un plato servido a medio comer. Podía saborear el gas de cocina que llegaba a su nariz en una caminata sanguinolenta y escuchaba el perro del vecino ladrar.

A su vez tenia sabor a sangre en la boca, olía a carne quemada, sentía como el vapor del sudor estaba encerrado bajo su ropa y no podía ver nada.

Aún escuchaba la respiración de ella a su lado.

Liz sabía que no estaba del todo correcto interrogarle, pero no podía hacer otra cosa, era el único que conocía lo sucedido, aunque le parecía triste el hecho de tener que hacerlo.

Sus superiores la mandaron a ir sin ninguna compañía para que él se sintiera más cómodo y lograra hablar. Lo hicieron en vano.

- No va a hablar - Pensó ella.

Estando ellos dos solos en el lugar podía sentirse cada movimiento que sucediera, por muy leve que fuese, se sabría y él no lo notará.

Su cuerpo dejo de temblar, pero se le tensaron todos los músculos como acto seguido al escuchar pasos que provenían desde la puerta. Él no quería mirar, no podía. Reconocería ese caminar descalzo donde fuese.

Son pasos lentos y saltarines, que reproducían cinco años cada vez que sonaban en el suelo al tocarlo.

Liz se dio cuenta de este cambio, pero no sabía lo que sucedía, solo veía como la respiración de él se agitaba y se hacía más sonora.

Él escuchó como se abrió la puerta y cierro los ojos a la par que tapó su cara con las manos.

- ¿Qué te sucede? - Le preguntó Liz - ¿Qué está pasando? No pasa nada estoy yo aquí contigo.

Lo pasos giraban alrededor de él, torturándolo. Un saltito y luego otro antes de cesar sus sonidos y desplomarse en la silla que estaba junto a él.

Lentamente fue separando sus manos del rostro para verla.

- Oye, tranquilo - Su voz era dulce y de colores - Cuéntale a Liz que fue lo que pasó ese día.

De los ojos de él brotaban lágrimas. Ella le sostuvo el rostro con ambas manos para secarle el alma que salía de su cuerpo. Y de manera tranquila dijo:

- Cuéntale lo que sucedió cuando morí.

Desapareció.

No está. Ya no está. Ella no existe. Dejo de existir.

Fue tu culpa – Susurra él.
¿Qué dijiste? – Liz le pregunta tratando de ocultar su asombro al oírlo hablar.
¡¡¡ES TU CULPA!!! – Escupe en un grito desgarrador.

Él se queda mirando el suelo mientras repite una y otra vez esas palabras.

Es tu culpa. Fue tu culpa. Es tu culpa. Fue tu culpa. Fue tu culpa…

La habitación se tornó en un auditorio, amplificando el sonido, recorriendo cada rincón que puede para hacerse escuchar.

Yo no fui – Culmina él con un suspiro dándole paso a sollozos.

Se abraza a sí mismo y se inclina sobre la mesa. Parece un perro moribundo: Solo, sin esperanza, esperando que llegue el fin de aquel sufrimiento.

Liz lo ve con pena. Lo que pasó ese día tenía que ser horroroso. El joven que conocía no es quien tiene en frente y solo ha pasado una semana.

¿Fue culpa de quién? – Indaga con cuidado Liz - ¿Qué fue lo que paso? No te castigues.

Ella toma la mano de él suavemente.

Dile, no importa – Ella pasa la mano por su cabello – Tu y yo sabemos la verdad. Tienes que decirle algo para que todo esto termine y estemos juntos.

Él suspira. Mira a Liz y trata de ordenar la historia en su mente.

Ese día nos levantamos temprano – Comenzó - Teníamos todo preparado desde la noche anterior para ir a la playa. Ella estaba sentada en la mesa comien…
Ella no estaba sentada en la mesa – Interrumpe la persona a su espalda – No. Tú sabes que no fue así.

Él ya no sabe qué hacer. La desesperación lo absorbe y está llenando su alrededor de obscuridad. Liz que comenzaba a escribir en su libreta, lo mira e inmediatamente lo sujeta del brazo lo más fuerte que puede.

Pero él no está aquí. Ya no está aquí.

Suena la puerta. A lo lejos una sirena. La voz de Liz en el fondo de un pozo, un eco de la voz de ella. Alguien le tiene la mano, huele a plástico y tiene sabor a vomito.

Liz lo vio colapsar. Vio como los ojos se tornaron blancos y escuchó claramente como la bilis se esparcía por el suelo. En sus pies sintió la vibración que produjo al caer y en la boca tuvo sabor a sangre por un instante.